



FOTO MOVIDA DE JULIO CORTÁZAR

Carlos Yusti

44 **N**unca he reunido cualidades suficientes para ser un cronopio. Tengo más bien afinidad con las famas o las esperanzas. Julio Cortázar el “descubridor”, por decirlo de alguna manera, de los cronopios y famas, fue por supuesto un cronopio.

Entre famas y cronopios existen diferencias bastante acentuadas. Por ejemplo a un fama le gustan los caminos rectos para ahorrar tiempo y llegar lo más rápido posible. Los cronopios, por su parte, alucinan con esos caminos llenos de caminos muertos y desvíos nada lineales debido a que pueden conocer gente, además avanzan de manera impredecible y se detienen a cada momento para recoger una flor o contemplar un atardecer. A los famas les fascinan los relojes precisos, son pulcros y maniáticos con eso de la puntualidad. Los cronopios se visten como les venga en el ánimo y más que los relojes les gustan las distintas teorías científicas en torno al tiempo, les subyuga por otra parte la idea de una máquina del tiempo, perdidos en estas ensoñaciones llegan tarde a todos lados. Los famas son engreídos, vanidosos, cobardones y viven de la pose; su actitud hipócrita les permite esconder sus emociones y esto les granjea muchos amigos tan sólidos como un castillo de naipes. Los cronopios son unos solitarios que se dejan acompañar, son solidarios y les revientan las injusticias; auténticos hasta más no poder y siempre meten la pata por ser sinceros y sentimentales.

Los aportes de Julio Cortázar a la literatura para muchos (críticos especializados y legos) son discutibles. No obstante más que lectores tiene adeptos/adictos fieles. En lo personal creo que como novelista revalorizó lo real y lo fantástico. Intentó desordenar el discurso narrativo más como un juego que como un arrogante y peyorativo argentinismo vanguardista. Jamás perdió la perspectiva en la utilización del lenguaje tratando de arrancarle todas sus posibilidades. Pero por sobre todo convirtió el quehacer literario en una aptitud para el humor y la solidaridad. Como ser pensante,

ciudadano e individuo comprometido intentó estar del lado de los más vulnerables. Su escritura, no obstante, jamás siguió pautas ni banderas.

Entre un pedazo de torta y Rayuela

La novela *Rayuela* en mis días de estudiantes me resultó otra pedantería más a la que son bastante afectos los argentinos. A duras penas logré leer algunas páginas, luego tuve que dejarla, no estaba preparado, ni intelectual ni emocionalmente, para traspapelarme en sus páginas. No obstante me obligué a indagar en su cuentística, en la cual Cortázar fue un maestro certero y eficaz. Poco a poco descubrí a un escritor preocupado por la forma y el fondo, a un arquitecto creativo del lenguaje. Un escritor interesado de lo fantástico a ras de lo cotidiano, de retratar lo real con todas sus aristas insólitas tan cerca de la mano. En sus cuentos la ternura, el dolor, la nostalgia y el humor se complementan para ofrecer al lector relatos, no siempre fáciles, de una belleza textual y estilística de gran eficacia poética.

En libros como *Último Round*, *Historias de Cronopios y de Famás*, *Un Tal Lucas* y *La vuelta al día en ochenta mundos* está el Cortázar más emblemático, de ese escritor que no teme a la experimentación y que a la postre resulta menos enfático y desenfadado. Bastante contrario a su personalidad algo tímida, reservada y poco amante del desarreglo existencial al punto tal que gran parte de su vida fue una especie de funcionario. Su timidez le impedía lidiar de mala gana con su fama de escritor, más que fastidio le abochornaba que la gente en la calle le reconociera y se le acercara para pedirle un autógrafo o para que firmara un ejemplar de *Rayuela* todo maltratado por el uso. En una entrevista (año 1983) le comenta lo siguiente a Jasón Weiss¹: “... estaba en Barcelona, caminando una noche por el barrio gótico, y había una chica norteamericana, muy bonita, que tocaba la guitarra y cantaba. Cantaba un poco como Joan Báez, con una voz muy pura, clara. Había un grupo de jóvenes de Barcelona escuchándola. Yo me detuve a escucharla, pero permanecí en la sombra. En un momento, uno de los jóvenes, que tendría más o menos veinte años, y era muy joven y apuesto, se acercó a mí. Tenía una torta en la mano. Me dijo: “Julio, toma un pedazo”. Así que yo tomé un pedazo y me lo comí, y le dije: “Muchas gracias por acercarte y convidarme”. El me dijo: “Pero escucha, te di muy

1 En: <http://www.igooh.com/notas/escribir-por-un-pedazo-de-torta/>, consultada en 04/2/2009.

La entrevista se publicó en *The Paris Review* (1983).

También en: <http://www.theparisreview.org/viewinterview.php/prmMID/2955>, consultada en 04/2/2009.

poco comparado con lo que tú me diste a mí”. Yo le dije: “No digas eso, no digas eso”, y nos abrazamos y él se alejó. Bien, cosas como esa son las mejores recompensas de mi trabajo como escritor.”

El muchacho de la torta fue exacto y los lectores incondicionales de Cortázar saben que él como escritor dio el cien por ciento. Nadie sale ileso luego de leer *El Perseguidor*, ese personaje hecho de retazos de aflicción y tiempo, ese músico de Jazz es un microcosmos y resume, en pocas pinceladas literarias, el padecimiento del artista en general, de ese artista que trata de aprehender con su arte la esencia del alma humana, que intenta de algún modo encontrar respuestas a esos demonios oscuros y a veces transparentes que lo vapulean a cada momento, que tejen sus insomnios y desvelos. Nadie se recupera con facilidad de esa odisea existencial en la que peregrinan La Maga y Horacio Oliveira.

Enamorado de la Maga

“Saberse enamorado de la Maga no era un fracaso ni una fijación en un orden caduco; un amor que podía prescindir de su objeto, que en la nada encontraba su alimento,...”

Rayuela/capítulo 48

La novela “Rayuela” de Julio Cortázar ha sido recuadrada con algunos clichés, simplificada con muchas frases hechas. Sin mencionar que es la presa predilecta del lirismo abobado y salivoso de los gacetilleros culturales en domingo. Así tenemos entonces *Rayuela* como: “ejemplo insuperable de una portentosa contranovela”, “inigualable caja china, muñeca rusa de vanguardia literaria”, “su sentido lúdico permite a cada lector leer la novela que más le interesa”, “inigualable trampa para nostálgicos irremediables y sensibles inteligentes”, etc.

Cada lector puede develar sus abismos, transitar su laberinto humanístico y poético. Cada cual quedará atrapado por los personajes que entran y salen en la novela de a retazos, especie de rompecabezas que se irán armando en la visión del lector, según su sensibilidad e intelecto. Muchos no han podido descubrir su hechizo, no han podido pasar de sus frases iniciales como quizá les habrá sucedido con el *Ulises* de Joyce o *Paradiso* de Lezama Lima.

Cortázar explicó bastante los mecanismos que impulsaron a gestar la novela, no para justificarla, sino porque muchos de sus lectores descubrieron nuevos hilos en esa telaraña existencial y metafórica que es *Rayuela*.

No sin razón Cortázar aseguró²: “Mucho de lo que he escrito se ordena bajo el signo de la excentricidad, puesto que en vivir y escribir nunca admití una clara diferencia”. La novela traspapela literatura y vida de manera sincronizada, en donde alma y piel se enhebran en un sutil tejido literario que sobrepasa muchos cánones estéticos (ya estoy con eso del lirismo mentecato).

Uno que se enamora con facilidad de las mujeres en la vida hace otro tanto con esos personajes femeninos de la gran literatura. En lo personal he perdido el corazón y la cabeza por Madame Bovary, Ana Karenina, Dulcinea, Desdémona, la Alejandra de *Sobre Héroes y Tumbas*, las prostitutas de Juntacadáveres. Es imposible no enamorarse de la Maga. Ella pertenece a esa estirpe de heroínas que adquieren carne y poesía en nuestros deseos más secretos. Uno quisiera agarrar por el cuello a Horacio Oliveira y arrojarlo por alguna de las ventanas de la novela, sacarlo de la vida y los sentimientos de la Maga para que a ella le duele menos ese amor tan contrariado y tan chocantemente argentino.

La historia de *Rayuela* es simple: un grupo de individuos de distintas nacionalidades que confluyen en París. En la novela París resulta como una escenografía para alguna película escrita por Jacques Prévert. Un París confeccionado/idealizado con pasión y con muchos retazos poéticos o como lo expresa en un pasaje de *Rayuela*, Gregorovius: “En el fondo París es una gran metáfora”. La Maga pregunta varias veces: ¿Por qué una enorme metáfora?, y no obtiene una respuesta clara ni definitiva, pero después ella misma la responde en su carta a su bebé muerto³: “En París somos como hongos, crecemos en los pasamanos de las escaleras, en piezas oscuras donde huele a sebo, donde la gente todo el tiempo hace el amor y fríe huevos y pone discos de Vivaldi (...) Casi no tenemos ropa, nos arreglamos con tan poco, un buen abrigo, unos zapatos en los que no entre el agua, somos muy sucios, todo el mundo es muy sucio y hermoso en París, Rocamadour, las camas huelen a noche y sueño pasado”.

En ese París, más literario que real, se mueven la Maga, Horacio Oliveira y el grupo de amigos que conforman el Club de la Serpiente. Hablan, discuten, beben, oyen música, pasean de aquí para allá, etc. Todos entran y salen de la novela con figuras apenas bocetadas, con esa textura de niebla y algo vaporoso que tienen los fantasmas. Sólo la Maga tiene carnadura tangible.

2 González Bermejo, Ernesto; Revelaciones de un cronopio: conversaciones con Cortázar, Barcelona, EDHASA, 1979, p. 35.

3 Cortázar, Julio: *Rayuela*, Venezuela, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1991, pp. 198-199.

Ella tan lenta para entender las cosas es a fin de cuenta la claridad nítida, es la que ordena ese caos de ideas estéticas y metafísicas que constantemente discuten sus amigos; discusiones que dejan su huella particular en todos los integrantes del club, pero que tiene que ver todo esto con el lector. Mucho. Ya que uno también se reúne con sus amigos, pone discos, canta, se angustia ante la muerte o ante eso que los rodea o como cavila Oliveira⁴: “pienso que tanto sentido tiene hacer un muñequito con miga de pan como escribir la novela que nunca escribiré o defender con la vida las ideas que redimen a los pueblos. El péndulo cumple su vaivén instantáneo y otra vez me inserto en las categorías tranquilizadoras: muñequito insignificante, novela trascendente, muerte heroica”. *Rayuela* es una novela existencialista, tiene personajes que son en el fondo humanos demasiado humanos, para hacer literatura y parafrasear a Vallejo, y es esto en verdad lo que nos atañe a todos.

La Maga es la duda, la pregunta constante, los ojos abiertos de asombro ante el mundo cotidiano; la navegante inmóvil que intenta llegar al puerto de los planteamientos mientras los demás parecen haberlo alcanzado hace rato. La Maga escruta, se interroga porque simplemente no entiende, todo se le vuelve una estopa, un amasijo retorcido. La Maga es luz en su ignorancia desarreglada y sin tiempo. Su vida es una novela metafísica escrita por un melancólico descreído. Mientras sus amigos construyen mundos con sus ideas librescas, la Maga vive esos con una transparencia intuitiva, con una luz interior que degüella las sombras a su paso.

Más que escribir historias Cortázar trazaba los dibujos de la condición humana. Osvaldo Soriano ha escrito⁵: “Sus novelas, poemas, ensayos, tangos y hasta una historieta-folletín de denuncia (*Fantomas contra los vampiros multinacionales*) muestran hasta qué punto su arte consistió en tratar obsesiones del alma, el impiadoso destino de los hombres, como un juego permanente, como una profanación saludable y revitalizadora”. La gran novela de Cortázar *Rayuela*, soslayando su barniz vanguardista de dos libros en uno, más que literatura es una experiencia vital tanto para el lector como para los personajes de la novela. Con *Rayuela* uno aprende a leer la vida como rebelión, acto de fe, reflexión y sueño. Para Cortázar *Rayuela* fue su laboratorio personal para pensar en la novela como género

4 Cortázar, Julio, *Rayuela*, Venezuela, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1991, op. cit., p. 41.

5 Soriano, Osvaldo, *Piratas, fantasmas y dinosaurios*, Grupo Editorial Norma, Colombia, 1997, p. 117.

y para pensarse desde la novela con múltiples voces. Desnudarse a través de la escritura, dejar al descubierto el solaz misterio de las relaciones con los demás, dejar con los nervios al aire las emociones en sus trágicas y humorísticas variaciones. La novela para contar la existencia desde todos sus costados y sin trucos literarios a saber. No sin gran razón el novelista Ednodio Quintero ha escrito: “El sagaz Cronopio lo sabía: ya la novela no es lugar apropiado para la prédica, ni púlpito ni cátedra ni tarima, es un espacio abierto, desolado tal vez, abismo a la intemperie, donde el escritor; acompañado de su cómplice, puede desplegar los múltiples registros de su voz, donde es permitido expresar, al fin, su parentesco con los dioses muertos, con el agua que corre y con el polvo estelar”⁶. Nadie sale ileso de una lectura de *Rayuela*.

Humorada y absurdo

Por un raro azar no siempre estamos en el lado cómico de la vida, no siempre el absurdo nos empapa la ropa y en contadas oportunidades somos el alma de la fiesta o el hazmerreír en cualquier reunión. Hay gente experta en hacer el ridículo y otras que se quedan haciendo equilibrio en los bordes de la formalidad más caricaturesca. El humorista profesional sabe el momento preciso para arrancarle una carcajada al respetable. El humorista amateur, conformado por la mayoría, no tiene la más mínima noción cuando va a meter pie y provocar la risa a su alrededor.

El humor no es fácil ni en la vida ni en la literatura. Aquellos que tienen la capacidad de ver las costuras cómicas de la existencia son considerados como bichos raros y en muchos casos hasta personas de cuidado. Lo peligroso no son los humoristas, ni los imitadores, ni los mamadores de gallo, sino aquellas personas que no tienen sentido del humor. Lo amenazador es esa gente que se toma todo muy a pecho y con una gravedad de funeraria cinco estrellas. Hay que cuidarse de esos hombres y mujeres que se creen llamados a ser los salvadores de la patria; de esas personas que son unas rocas sujetas con firmeza a sus principios. Para resguardarse de seres así, e incluso para salir ileso de ese engreimiento de almidonada etiqueta, y no contagiarse de estupidez circunspecta, es bueno recordar aquella frase de Groucho Marx: “Esos son mis principios, si no le gustan, los cambiaré”.

Todo esto viene a cuento porque estoy seguro que Julio Cortázar era un marxista convencido; una marxista de la tendencia Groucho. Y por ello

6 Cortázar, Julio, *Rayuela*, Venezuela, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1991, op. cit., (prólogo) pp.7-18.

trató de no dejar al margen el humor en sus novelas y cuentos. No por azar escribió⁷: “Pero seamos serios y observemos que el humor, desterrado de nuestras letras contemporáneas (Macedonio, el primer Borges, el primer Nalé, César Bruto, Marechal a ratos, son *outsiders* escandalosos en nuestro hipódromo literario) representa, mal que les pese a los tortugones, una constante del espíritu argentino... ¿Por qué diablos hay entre nuestra vida y nuestra literatura una especie de “muro de la vergüenza”? En el momento de ponerse a trabajar en un cuento o una novela el escritor típico se calza el cuello duro y se sube a lo más alto del ropero. A cuántos conocí que si hubieran escrito como pensaban, inventaban o hablaban en las mesas de café o en las charlas después de un concierto o un match de box, habrían conseguido esa admiración cuya ausencia siguen atribuyendo a las razones deploradas con lágrimas y folletos por las sociedades de escritores: esnobismo del público que prefiere a los extranjeros sin mirar lo que tiene en casa, alevosa perversidad de los editores, y no sigamos que va a llorar hasta el nene”.

El humor en Cortázar apela al absurdo cotidiano y parece que desde pequeño tuvo atisbos de esa rigurosidad trágica que otorgaban los adultos a cuestiones triviales o al menos en una entrevista eso expresó⁸: “Desde pequeño he tenido un gran sentido del humor y me acuerdo que siendo muy niño, tendría ocho o nueve años, me producía un gran asombro que en ciertas conversaciones de los mayores, en circunstancias en que todo hubiera podido arreglarse con una broma, con una respuesta llena de humor, todo el mundo se ponía trágico, todo el mundo se tomaba las cosas por el lado negativo”.

Cortázar no utilizaba el humor para arrancar una sonrisa y quitarle un poco ese rigor mortis a los lectores, sino que veía en el humor esa capacidad humana de trastocar la realidad, de crear una visión de reloj blando del mundo de todos los días o como él lo dijo⁹: “visión en que las cosas dejan de tener sus funciones establecidas para asumir muchas veces funciones diferentes, funciones inventadas”.

7 Cortázar, Julio, *La vuelta al día en ochenta mundos*, Editorial Siglo XXI, México, 1967, p. 28.

8 González Bermejo, Ernesto; *Revelaciones de un cronopio: conversaciones con Cortázar*, Barcelona, EDHASA, 1979, op. cit., p. 46.

9 González Bermejo, Ernesto; *Revelaciones de un cronopio: conversaciones con Cortázar*, Barcelona, EDHASA, 1979, op. cit., p. 46.

A manera de conclusión

Era alto y delgado, al pronunciar las erres las arrastraba en una cadencia de errática sonoridad. Su estatura nunca le impidió tener ese aire de niño grande, especie de Peter Pan en sentido inverso: grande, pero con cierto aire infantil en su rostro. La barba lo fue ubicando en ese lado del hombre maduro que nunca pudo con su corazón de pantalones cortos.

Los escritores que cumplen a cabalidad con su oficio no se olvidan con facilidad, pero con los Cronopios y Famas ya se sabe, por eso las instrucciones para no olvidar a Julio (anotadas en un papelito, o en una servilleta, que sin duda se traspapelará con los recibos de luz) nunca sobran: Lo primero es leer *Rayuela* aunque el mundo se desplace y en vez de fósforos de la caja salgan flores porque el jardín es un incendio. Así en vez de un beso de los labios de la mujer amada salgan globos de colores y los globos de colores estallen en el cielo como besos. Leer *Rayuela* para contaminarse de la Maga, envenenarse de la Maga y llorar con ella al momento de escribirle la carta a su hijito muerto. Buscar a una vieja y solitaria pianista para enamorarnos de esa tristeza con la cual toca las teclas. Leer *El Perseguidor* y volverse ansioso con eso del tiempo y desarmar un reloj pieza por pieza. Para no olvidar a Julio Cortázar se puede leer a través de Edgar Allan Poe o del *Adriano* de Margarite Yourcenar. Para no olvidarlo se recomienda saber que los Cronopios se parecen mucho a la palabra solidaridad, que no envejecen nunca y no mueren, sólo cambian de dirección. Para no olvidar a Julio Cortázar es imprescindible ser a veces como el emputecido Oliveira, perderse en un capítulo de *Rayuela* y aparecer como una postal en el *Libro de Manuel*. Para no olvidar a Julio Cortázar es recomendable estar enterado que la vida está hecha de juegos y situaciones absurdas donde somos comediantes aficionados y que debemos reírnos de ser muchas veces serios como los velorios. En fin, para no olvidar a Julio hay que irse caminando por alguna calle y con la timidez desplegada como un paraguas destartado (“una catástrofe de relámpagos fríos y nubes negras, ...”) esperar que lluevan pedazos de tortas y luego quedarse parado al borde de la vida a que el atardecer, que siempre es un espectáculo irremediable de la belleza, se desparrame en los ojos. A veces la belleza también se encuentra en algunas páginas escritas por ese imprescindible gran Cronopio que fue Julio Cortázar. Viste, el pibe grande escribió bellos y espléndidos atardeceres que muchos famas confunden (los pobres) con esa inefable acupuntura del alma llamada literatura.

BIBLIOGRAFÍA

Cortázar, J. (1993): *Rayuela*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana.

- Soriano, O. (1997): *Piratas, Fantasmas y Dinosaurios*, Colombia, Grupo Editorial Norma.
- Cortázar, J. (1967): *La vuelta al día en ochenta mundos* (2 tomos), México, Editorial Siglo XXI.
- González Bermejo, E. (1979): *Revelaciones de un cronopio: conversaciones con Cortázar*, Barcelona, EDHASA.